

CAPÍTULO 1

ESA LLUVIA DE ICOD



A la mañana siguiente, el norte amaneció cubierto por la misma niebla espesa. Esa típica de Icod que no deja ver el Teide y hace desaparecer el mar.

César salió de casa temprano, todavía cansado. Apenas había dormido un par de horas seguidas. Se pasó la mano por la barbilla mientras cerraba la puerta y respiró profundamente el olor del norte.

A tierra mojada y café recién hecho escapando desde alguna ventana cercana.

Aquello era Icod.

Y aunque a veces sentía que necesitaba marcharse lejos, siempre terminaba entendiendo que pertenecía allí más de lo que quería admitir.

Bajó caminando por la calle del Calvario hacia el centro mientras revisaba mensajes del trabajo en el móvil. Un cliente preguntando por unos rótulos. Otro cambiando la fecha de entrega. Otro pidiendo presupuesto urgente como si todo tuviera que resolverse en cinco minutos.

Respiró hondo y soltó ese ¡ay!

Su abuela Emilia decía que siempre es bueno echar un ¡ay! de vez en cuando.

Vivía rodeado de ruido.

Y, aun así, lo peor seguía siendo el silencio cuando llegaba a casa.

Al pasar junto a la plaza, levantó la vista hacia el Drago.

La niebla lo envolvía parcialmente.

Parecía todavía más enorme así.

Había turistas haciendo fotos bajo la lluvia, protegidos con paraguas de colores. Algunos levantaban la cabeza impresionados mientras los guías hablaban de siglos, leyendas y savia roja.

César apenas escuchó porque había oído aquellas historias toda la vida.

Siguió caminando hasta la cafetería de la esquina y entró buscando calor.

Dentro olía a leche caliente y pan tostado.

El murmullo de las conversaciones hacía que el local pareciera más pequeño y acogedor.

Saludó con la cabeza a Jose el camarero de siempre y se sentó junto a la ventana.

—Lo de siempre, ¿no? —preguntó Jose desde la barra.

César asintió.

Mientras esperaba el café, volvió a mirar hacia fuera.
La lluvia seguía mojando los adoquines desgastados por el paso de los años.
Y entonces la vio.
Aparcó justo frente a la plaza.
Un coche grande blanco cubierto de gotas.
La puerta se abrió despacio.
Y ella apareció.

César no supo explicar por qué dejó de escuchar todo lo demás.

Una chica preciosa levantó la vista buscando algo entre la niebla mientras se apartaba el pelo mojado detrás de la oreja.

No era turista, estaba claro que no era turista...

... y por su forma de caminar parecía cansada.

Ese cansancio que no desaparece durmiendo.

Llevaba un abrigo oscuro demasiado fino para aquella humedad y una expresión perdida que le resultó extrañamente familiar.

Jose dejó el café sobre la mesa.

—Está el tiempo feo hoy, -dijo

César tardó unos segundos en reaccionar.

—Sí... bastante.

Pero seguía mirando hacia fuera.
Aquella desconocida avanzó lentamente hacia la plaza hasta detenerse frente al Drago.
Y entonces ocurrió algo extraño.
Muy extraño para ser sinceros...
... el viento se movió de golpe entre las ramas.
No fue un viento fuerte, ni siquiera suficiente para llamar la atención de nadie más.
Pero César sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo entero.
Porque juraría que el árbol acababa de reaccionar a su presencia.
La mujer levantó la cabeza lentamente.
Como si también lo hubiera sentido.
Durante unos segundos se quedó completamente inmóvil frente al Drago.
Y César tuvo la absurda sensación de que ambos se estaban observando.
Ella cerró los ojos un instante.

Y cuando volvió a abrirlos parecía otra.
Pálida y afectada.
Como si de repente hubiera escuchado algo que nadie más podía oír.
César se extrañó.
No entendió por qué no podía dejar de mirarla.

Ni por qué aquella sensación incómoda había vuelto a aparecer dentro de él, la misma sensación de la noche anterior.

La misma que había sentido mirando el árbol desde la ventana de casa de Emilia.

La mujer dio un paso atrás.

Y se alejó calle abajo perdiéndose entre la lluvia.

César permaneció quieto junto a la ventana.

Con el café enfriándose entre las manos y el corazón latiéndole más rápido de lo normal.